

Oportunidades Contradictorias: los jóvenes universitarios y sus pertenencias a una comunidad

*Adriana Urrutia Pozzi-Escot y Manuel Cáceres Villagra
Universidad Antonio Ruiz de Montoya*

Ser peruanos implica, para ciertos jóvenes, sentirse peruanos. “Me siento peruano porque nací en esta tierra”, responde por escrito un joven a la encuesta realizada para este ensayo. El sentimiento de peruanidad se daría por un vínculo afectivo con el territorio, principalmente. El territorio es concebido como destino; “me tocó nacer”, reporta otro joven. El vínculo sentimental, consideramos, resulta de la puesta en práctica de un conjunto de dispositivos sociales que nos interesa describir aquí.

Dos interrogantes dan origen a este ensayo: ¿por qué los jóvenes se interesan en la política? y ¿qué identifica a los jóvenes con lo colectivo? Posteriormente, nos pareció que preguntarnos sobre la política guiaba hacia otros caminos y que, finalmente, lo que nos interesaba entender era la segunda cuestión.

Para responder a la segunda pregunta, nos planteamos la siguiente hipótesis: lo colectivo puede ser entendido como el espacio público (Habermas, 2010), un espacio que se ocupa, se habita y que tiene carácter político, es decir, es el lugar desde el cual se entienden los problemas comunes. Este espacio público, como espacio de confluencia de los diálogos sobre los problemas comunes, conlleva a la constitución de un imaginario común, de una comunidad nacional, a una idea de Nación. Este ensayo busca, por un lado, plantear que dicho espacio revela mucho de las condiciones iniciales otorgadas para participar y, por otro lado, plantear la manera como se constituye el vínculo con lo común (cómo se aprende y cómo es). Ambos elementos nos permiten entender cómo se configura lo colectivo para los jóvenes desde lo local, como una nueva mirada a lo común.

Para responder estas interrogantes, se utilizó un cuestionario virtual de 40 preguntas que fue respondido por más de 70 jóvenes de 15 a 29¹ años, universitarios en su casi totalidad. La encuesta muestra que el 53,4 % se encuentra entre los 17 y 24 años de edad. No se pretende que esta muestra sea representativa, sino que las respuestas brindadas por estos jóvenes permitan formular nuevas preguntas sobre las motivaciones y los desafíos que enfrentan para incursionar en la vida pública.

A la luz de la información recolectada, se ha observado la generación de lo que llamaremos oportunidades contradictorias: posibilidades iniciales a las que los jóvenes han accedido, pero que luego son seguidas por la incapacidad de conseguir otras condiciones para la generación de mayores activos para su futuro. Estas situaciones se observan en tres aspectos consecutivos de la vida en colectividad de los jóvenes: al momento de iniciar su participación en tanto ciudadanos (condiciones iniciales), al momento de acceder a dispositivos de vinculación social y al momento de identificar la creación de vehículos de tipo ideológico.

Se observa que, en estas oportunidades contradictorias, el Estado cumple un rol muy importante si desea reforzar la cohesión social en una generación que va, debido a la falta de oportunidades complementarias, generando mecanismos endógenos de participación que desafían el fortalecimiento de una comunidad nacional más amplia.

Condiciones iniciales para pensar lo colectivo

Las transformaciones del contexto peruano que, luego de experimentar un crecimiento económico constante y una estabilidad democrática por casi dos décadas, han generado nuevas condiciones sociales obligan a pensar distinto el significado de la nación. Hoy en día, en el Perú, el 27 % de los ciudadanos son jóvenes (INEI, 2015), de los cuales muchos experimentan lo que ha sido descrito como una movilidad social en constante fragilidad (Huber y Lamas, 2016; Ucelli y Garcia Lorens, 2017). Sus familias han podido generar mejores condiciones sociales

1 Se toma, en este ensayo, la definición censal de la juventud que determina que es joven todo aquel que se halle entre los 15 y 29 años de edad.

para ellos, marcadas por acceso a educación, salud y oportunidades laborales, entre otras, pero a costa de servicios privatizados de alto costo. Ante una reducción del poder adquisitivo de la familia de un joven por situaciones externas de la economía y la sociedad, este se encontrará en condiciones de mayor vulnerabilidad, las que lo harían peligrar hacia una movilidad descendente. Es decir, al encontrarse en una situación de fragilidad para acceder a mejores oportunidades, pierde sin mucha resistencia los atributos de la nueva clase media emergente. Esto genera una permanente precariedad que condiciona el ejercicio mismo de la ciudadanía. El aprendizaje progresivo de la pertenencia a una comunidad se considera la capacidad de garantizar condiciones iniciales para pensar lo colectivo.

En ese sentido, la primera oportunidad contradictoria observada presenta dos componentes: la capacidad de acceso a educación superior y la capacidad de acceso a empleo digno. Solo el 29,9 % de hombres y 32,4 % de mujeres jóvenes peruanos acceden a educación superior (Instituto Nacional de Estadística e Informática, 2017). De ese tercio de la población juvenil, solo el 20 % accede a un empleo formal remunerado. De estos jóvenes, solo el 51,9 % (MTPE, 2014) consigue un empleo acorde a su nivel de estudios. Se instala una cierta precariedad basada en la falta de conexión entre las oportunidades a las que los jóvenes han tenido acceso en el pasado y las que se les presentan en la actualidad.

A nivel de nuestra muestra, entre los jóvenes encuestados, la totalidad ha accedido a educación superior universitaria. Actualmente, el 86 % estudia y el 34 % trabaja. Sin embargo, el 90 % reporta tener una forma de contrato precario. Esto se contradice con los datos nacionales, que señalan que alrededor del 75 % de los jóvenes trabaja en el sector informal (Rojas, 2019). Las expresiones utilizadas por los jóvenes para referirse a su trabajo contienen una serie de nomenclaturas empleadas para designar un contrato laboral informal. Ellos señalan una escala de trabajos precarios que van desde “no tengo contrato”, “informal”, a “semiformal”, para luego designar contratos más formales, pero con una duración temporal determinada y, por lo general, breve: “orden de servicio”, “terceros”. La vida laboral de los jóvenes se ve marcada

por dinámicas que demandan más tiempo de su vida, producto de la competitividad del mercado laboral en aumento conjunto con la precarización de sus condiciones (Moruno, 2018).

En primer lugar, la calidad del empleo ejerce un impacto directo sobre la generación de condiciones para pensar lo comunitario. En primer lugar, convierte la búsqueda constante de ingresos en la principal prioridad. Uno de cada cuatro jóvenes que señala no pertenecer a ninguna organización por falta de tiempo. El cálculo del costo de oportunidad se inclina hacia la inversión de tiempo en una actividad remunerada. Dicho de otro modo, la gestión del tiempo está estrictamente vinculada a la situación socioeconómica del joven. La fragilidad de la cotidianeidad hace que, para la juventud, el establecimiento de condiciones mínimas para su desarrollo se vuelva una prioridad. Pensar más allá de la subsistencia es, por decirlo así, un privilegio.

En segundo lugar, al no estar vinculados formalmente a ninguna institución, la confianza no es un requisito ni una garantía, y la necesidad de involucrarse, dentro o fuera del ámbito laboral, es nula. Por ende, la ausencia de garantía de retribución de derechos laborales complica la confianza en el sistema y, por ende, en la democracia, entendida como el régimen del conjunto de instituciones². Prueba de ello es que, en el país, la tasa de informalidad del empleo es inversamente proporcional al nivel de apoyo a la confianza en las instituciones políticas, 93 % (Noam, 2018).

La segunda oportunidad contradictoria asociada a las condiciones iniciales para el ejercicio de ciudadanía y desarrollo de una noción de pertenencia comunitaria está relacionada al tránsito complementario entre autonomía económica y autonomía de la vivienda. La ausencia de un tránsito institucionalizado hacia la vida adulta se compone también por la consolidación generacional de una autonomía precaria. La acumulación progresiva de capital humano no está vinculada a la acumulación progresiva de capital económico, con lo cual la inversión

2 Sobre ello, se puede consultar el debate en torno a la caracterización de un régimen como democracia liberal a la luz del análisis de su capacidad de retribuir derechos (ver, entre otros, Zakaria, 1997).

en educación puede ser percibida como poco rentable. En ese sentido, la precariedad económica, fruto de la precariedad laboral, trae como consecuencia que las condiciones para la autonomía plena del ciudadano no estén dadas.

Casi el 70 % de los jóvenes encuestados sigue viviendo con sus padres. El tránsito hacia la independencia implica un costo monetario que los primeros no pueden o no están dispuestos a asumir, ya que no cuentan con condiciones materiales suficientes para transitar hacia la vida adulta y desarrollar habilidades para pensar lo colectivo, porque deben buscar, ante todo, sobrevivir dentro de la precariedad.

Esto significa que, en el Perú, la construcción de un tejido social se resquebraje por los vínculos que los jóvenes construyen, dadas las condiciones materiales precarias del tránsito hacia la vida adulta. Sin embargo, existen ciertos mecanismos de vinculación colectiva que dan cuenta de un conjunto de dinámicas que identifican a esta generación de jóvenes que, más allá de las limitaciones materiales, señala una preocupación por el futuro de lo colectivo.

Dispositivos de comunidad

Las formas en las que las personas logran adquirir una serie de nociones comunes que les permiten relacionarse de una determinada forma está marcada por los tipos de relaciones sociales y las instituciones que se establezcan. Según Anderson (1990), existe una serie de artefactos culturales que difunden ideas comunes que permiten construir una pertenencia a través de la unificación de temporalidades, que eventualmente se plantea como un “nosotros”. Dicho autor, al estudiar los nacionalismos de los siglos XVIII y XIX, afirma que estos artefactos son las novelas, los periódicos y los *fanzines*. Sin embargo, cuando buscamos extender dicha conceptualización y el abordaje para comprender los dispositivos simbólicos y materiales que posibilitan una cohesión entre los habitantes de un mismo Estado, es necesario plantearnos cuáles son esos artefactos que interconectan a la gente y que permiten generar una comunidad imaginada. Por ello, es relevante resaltar que los primeros pueden responder a posturas políticas y sociales

con un discurso determinado. Esto implica que su difusión permitiría construir relatos e interacciones marcados por las representaciones de dichos medios y asimilarlas.

Si seguimos la pauta de los artefactos para construir imaginarios y pertenencias, resaltamos que, en el siglo XX, los medios de comunicación, como la televisión y la radio, contribuyeron a este propósito; sin embargo, en el siglo XXI, aparecieron nuevos mecanismos: internet y los espacios virtuales. En ese sentido, en relación con lo planteado por Comaroff (2016), los flujos planetarios de palabras y de imágenes están royendo las fronteras de la mancomunidad de atributos que (más o menos) limitaron, en otros tiempos, los Estados-nación; es decir, la vinculación permanente que producen las redes sociales en escala global socava las fuentes de control estatal y otros actores nacionales como medios de comunicación privados sobre los discursos. Junto a la infraestructura material, ha sido posible acceder a una realidad virtual en la que participan personas de todo el territorio, de diferentes formas. Esto ha permitido a los jóvenes relacionarse sobre la base de las distintas plataformas sociales que posibilitan comunicarse, opinar públicamente, sentirse parte de una “comunidad imaginada” virtual.

En el Perú, las interacciones marcadas por los espacios virtuales, en este contexto, tienen una relevancia cada vez mayor, al haber aumentado los servicios de telefonía y de internet al 92 % de cobertura a nivel familiar en todo el Perú (INEI, 2018). Lo que sostiene la existencia de un acceso múltiple a fuentes de información y dispositivos de construcción de una comunidad. El 95 % de jóvenes indica que usa los siguientes medios de comunicación: 95 %, recurre a redes sociales; 59 %, a la televisión; y 48 %, a periódicos. Los mecanismos más utilizados son, de lejos, las redes sociales, de lo que se puede deducir, entre otros aspectos, que prima su portabilidad.

Entre los temas que se investigan en estos espacios de comunicación, el 94 % de los jóvenes señala que busca información sobre política nacional; el 69 %, sobre política internacional, mientras que el 37,9 % de las respuestas hace referencia al tema deportivo. Este consumo de información evidencia un interés por la política y la coyuntura nacional e internacional que se encuentra muy por encima del tema deportivo

entre los jóvenes universitarios. El acceso a la información habría permitido una sensación de pertenencia comunitaria que se expresa en un interés de gestión de lo colectivo: la política.

Sin embargo, en este caso, se observa una oportunidad contradictoria identitaria: los dispositivos de construcción comunitaria deben consolidarse como infraestructuras para la difusión de ideas que generen un espacio compartido. Como muestran las respuestas a la encuesta, más de la mitad de los jóvenes encuestados (56 %) resalta que los medios de comunicación no representan sus posturas. El uso otorgado a las plataformas sirve para la búsqueda de información exacta y no tanto para la interpretación ideológica que el medio ofrece. Esta contradicción constituye, a nuestro modo de ver, una limitación pública para la generación de una vinculación colectiva a través de las ideas. La oportunidad contradictoria reside en las posibilidades de construcción comunitaria que ofrecen los dispositivos virtuales y que son desaprovechados en términos ideológicos por los creadores de contenidos, en la medida que no buscan que los usuarios se identifiquen y se vinculen con las ideas expresadas más allá de la relación específica en el momento del consumo y, por el Estado peruano, que debería consolidar el monopolio de construcción institucional de ciudadanía.

Identities colectivas

Los procesos de globalización de comienzos del siglo XXI han implicado la integración de las sociedades nacionales en los espectros culturales, económicos y políticos de alcance transnacional y han permitido un desplazamiento de los símbolos y las representaciones que regían los espacios nacionales. Para Durán (2010), la aparición de una realidad global ha producido una redefinición de las identidades locales. Estas no se definen más por su vínculo con la territorialidad particular local, sino por sus identidades en relación a su vínculo con lo global, ya sea como negación, integración u otras configuraciones.

En el contexto peruano, los cambios de las identidades y sus vínculos con la globalización se pueden plantear como una reconfiguración de las dinámicas sociales preestablecidas. Existen dos oportunidades

contradictorias asociadas a la identidad: 1) Se han transformado los espacios de participación desde abajo, pero son locales y, por ende, endógenos; y 2) a pesar del interés por este tipo de experiencias, desde arriba, no ha habido capacidad de renovación del capital simbólico, ya que el legado compartido es anacrónico, lo que genera que, a la larga, la juventud pierda interés por institucionalizar sus prácticas para sumarlas a un proyecto común.

En el primer componente de este díptico contradictorio, encontramos que los jóvenes se involucran en la vida pública a través de la pertenencia y la participación en colectivos y organizaciones. Entre los encuestados, el 37,9 % afirma que está presente en estos espacios, lo cual indica una preocupación por los asuntos comunes. Los vínculos se consolidan en la construcción de una comunidad basada en compartir ideales. Este espacio comunitario se caracteriza porque busca influir sobre la comunidad a partir de esas posturas comunes, según el 28,3 % de los encuestados. Dicho de otra manera, la juventud se sigue caracterizando porque busca residir, y se identifica de manera compartida con un espacio desde el cual se proyecta con optimismo hacia el futuro y afianza su identidad de manera conjunta.

La participación en espacios colectivos configura nuevas maneras de habitar lo común, en particular desde lo virtual. El 62 % afirma que se siente perteneciente a una comunidad, pese a que no se relacione presencialmente con ella. Sin embargo, estos espacios tienen un carácter mixto, ya que se complementan con la participación en espacios físicos. Cuando describen la naturaleza de sus interacciones, un 75 % señala que recurre a redes sociales y un 56,8 %, a espacios físicos. Uno de cada dos jóvenes (55 %) que pertenece a una comunidad virtual señala que esta tiene un correlato físico.

Sin embargo, ese espacio en el que busca residir es endógeno, cercano a lo que ya conocen. A partir de la encuesta, podemos deducir que los jóvenes piensan sus pertenencias en relación con espacios sociales que sean territorios más próximos y en donde se desarrollen cotidianamente. Según la encuesta, al preguntar cómo ingresaron a sus respectivas organizaciones, las respuestas varían desde “por medio de mis padres” a “por amigos y vecinos”. Los resultados conducen a pensar

que lo más cercano es lo político: se insertan por redes de cercanía y en espacios locales. La condición de cercanía es necesaria para la participación. El sentido de pertenencia se asocia, de alguna manera, a lo que ha sido denominado como “democracia de proximidad” (Bacqué y otros, Sintomer, Rey, 2005). Al preguntarles por los distintos espacios por los que transitan (lugar de nacimiento, residencia y ocupación), los jóvenes se identifican con los que se encuentran más cercanos a ellos. Por ejemplo, el 54 % se identifica con su distrito de residencia y el 30 %, con la zona de su centro de estudios.

Solo el 36 % siente que pertenece a una comunidad que va más allá de las fronteras nacionales. De este grupo, el interés por ser parte de una comunidad internacional significa, para el 60 % de los jóvenes, tejer redes de índole política y, para el 50 %, redes de índole cultural.

La cultura es una fuente importante de construcción de identidad. Sin embargo, se observa que también constituye una oportunidad contradictoria en la medida que los referentes compartidos son anacrónicos y que, si bien se sienten peruanos, no reconocen la existencia de una nación peruana. La construcción de una identidad se basa, principalmente, en la asimilación de una batería de referentes que asociamos con dispositivos educativos operativizados en la educación básica de los jóvenes. Así, en primer lugar, el 66,7 % de los jóvenes siente que lo que más identifica al Perú son los restos arqueológicos; en segundo lugar, el 59 %, la comida peruana; en tercer lugar, el 51 %, los símbolos nacionales; y, en cuarto lugar, el 30 %, los héroes de guerra. Los referentes dan cuenta del impacto del aprendizaje de estos mecanismos de pertenencia comunitaria y del desfase entre la propuesta de innovación para las formas de participación y la capacidad de renovación de los símbolos nacionales.

La oportunidad contradictoria reside en que los jóvenes reconocen, por un lado, su identificación con un país, el Perú (92 %), pero, por otro, que la expresión “nación peruana” carece de sentido, porque no tiene correlato en una comunidad. Entre las principales características señaladas por ellos mismos de esa formación ausente, cabe mencionar la disgregación, la multiculturalidad y otras formas asociadas a ellas, y la preponderancia de una vinculación al territorio.

Esto permite, pese a construir nuevos referentes en la práctica, mecanismos mixtos de participación y comunidades asociadas con lo internacional. La renovación simbólica es difícil y aún permanecen viejos referentes para esta generación. Si la participación construye un espacio habitable; entonces, los jóvenes se conciben como habitantes de una fisura, un paréntesis vacío que separa un pasado que une de un futuro fragmentado. La construcción de un proyecto de identidad nacional debe tomar en consideración la fragmentación territorial de las identidades para el establecimiento de un posible espacio común. El desafío al bicentenario es entregarle a los jóvenes nuevos referentes para imaginar su futuro como peruanos.

Bibliografía

- Bacqué, M.-H., Rey, H., & Sintomer, Y. (2005). La démocratie participative, un nouveau paradigme de l'action publique? In M.-H. Bacqué, H. Rey & Y. Sintomer (eds.), *Gestion de proximité et démocratie participative. Une perspective comparative* (pp. 9-46). Paris: La Découverte
- Carrión, F.; Zárate, P.; Boidi, M.; y Zechmeister, E. (2018). *Cultura política de la democracia en Perú y en las Américas, 2016 / 17: Un estudio comparado sobre democracia y gobernabilidad*. Resumen ejecutivo. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Comaroff, J. (2016). *Etnicidad, nacionalismo y políticas de diferencia en una era de revolución*. En: Sandoval, P. Las máscaras del poder. Estado, etnicidad y nacionalismo. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Instituto Nacional de Estadística. (2017). *Tasa neta de matrícula a educación superior de mujeres y hombres de 17 a 24 años de edad, según ámbito geográfico*. Lima: Instituto Nacional de Estadística. Recuperado en: <<http://m.inei.gob.pe/estadisticas/indice-tematico/nivel-de-educacion-alcanzado-8034/>>

Entrena Durán, F. (2010). *Dinámicas de los territorios locales en las presentes circunstancias de la globalización*. Estudios Sociológicos de El Colegio de México, 28(84), pp. 691-728. Recuperado de: <<https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/198>>

Habermas, J. (2010). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Trotta.

Huber, L.; y Lamas, L. (2016). *Deconstruyendo el rombo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2015). *El 27 % de la población peruana son jóvenes*. Lima: Instituto Nacional de Estadística e Informática. Recuperado de: <<https://www.inei.gob.pe/prensa/noticias/el-27-de-la-poblacion-peruana-son-jovenes-8547/>>

----- (2018) Estadísticas de las Tecnologías de Información y Comunicación en los Hogares. Informe técnico. Recuperado de: <https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/boletines/01-informe-tecnico-n02_tecnologias-de-informacion-ene-feb-mar2018.pdf>

Moruno, J. (2019). *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*. Madrid: Akal.

Noam, L. (2018). *El Barómetro de las Américas*. Recuperado de: <https://www.cepal.org/sites/default/files/presentations/presentacion-el-barometro-de-las-americas-noam_lupu-lapop.pdf>

Rojas, P. (2019). *Empleo juvenil: Tres razones que los llevan a un trabajo de ingresos bajos, ¿tú estás ahí?* En: *Diario Gestión*. Recuperado de: <<https://gestion.pe/economia/management-empleo/juvenil-tres-razones-llevan-ingresos-bajos-ahi-272740-noticia/>>

Zakaria, F. (1997). The Rise of Illiberal Democracy. *Foreign Affairs*, 76(6), pp. 22-43.